

E

L PROXENETA ESTABA SENTADO en una silla de plástico, sudando, junto a un patio oscuro, mientras la música del festival entraba por las ventanas. Era la primera vez que hablaba con alguien de lo que había pasado entre esas cuatro paredes y estaba nervioso. Contar la historia de Tenancingo, el pequeño pueblo que es el centro neurálgico de la industria del tráfico sexual en México, es peligroso. Los 'padrotes', que es como se conoce allí a los proxenetas, llevan décadas dirigiendo la ciudad y ganando millones con la venta de mujeres y niñas. Pero Santiago había decidido hablar —aunque nos pidió que no utilizáramos su nombre real— y elegía cuidadosamente sus palabras, tratando de hacernos entender cómo funcionan las cosas en Tenancingo. «Una mujer —dijo finalmente— ya está vendida desde el momento en que nace».

Tenancingo se encuentra en el pequeño y empobrecido estado de Tlaxcala, a unos 100 kilómetros al este de Ciudad de México. Los hombres de la ciudad recorren el país en busca de víctimas desde los 11 años hasta los veintipocos. Niñas o chicas jóvenes y vulnerables a las que deslumbran con atenciones, obsequian con dinero —a ellas y a sus padres— y les prometen una vida mejor. Después se las llevan y pasado un tiempo las obligan a prostituirse. En ese punto, las chicas ya no pueden escapar: están atrapadas. Sus familias, explica Santiago, «son amenazadas e intimidadas. A menudo, los captores las dejan embarazadas para poder retener a sus hijos como rehenes».

Sin embargo, según Santiago, ahora este *modus operandi* está cambiando... a peor. En los últimos años, el Cártel de Jalisco Nueva Generación (CJNG) se ha entrelazado con la industria del tráfico sexual de Tlaxcala y exige más ingresos. Como consecuencia, los 'padrotes' de Tenancingo, expertos en captar y manipular a las niñas, se han vuelto aún más brutales y cada vez hay más secuestros.

DE MAYOR QUIERO SER PADROTE

En las zonas pobres de México, un número cada vez mayor de mujeres y niñas están siendo arrancadas de sus familias y traficadas hacia la esclavitud sexual por los 'padrotes'. Las autoridades locales, que afirman que el problema no existe, son cómplices de lo que ocurre, según al menos una docena de fuentes con conocimiento de la situación.

Cuando las niñas ya no pueden generar dinero para sus captores, cuando son demasiado mayores o están destrozadas; cuando se quedan embarazadas de la persona equivocada, de repente... «desaparecen».

«Tres años es lo que da beneficios», nos dijo Santiago, y añadió: «Por eso hay tanta gente desaparecida, creo».

Esta primavera viajamos a Tenancingo para sacar a la luz las profundidades de la industria del tráfico sexual en esta parte de México. Los lugareños suelen impedir que los periodistas visiten la localidad, pero aprovechando el carnaval anual como tapadera hablamos con más de una docena de fuentes de la zona, desde un proxeneta hasta un policía corrupto, pasando por antiguos funcionarios, abogados, refugios para mujeres y familiares de las víctimas.

Tenancingo es una localidad en la que, durante décadas, la economía y la cultura locales han girado alrededor del tráfico sexual. Mientras atravesábamos la ciudad en coche, Alejandro, un antiguo alto funcionario local, me señaló las casas de los proxenetas: mansiones ostentosas decoradas con torretas, rematadas con estatuas de águilas y coronas, que eclipsaban a los achaparrados edificios de cemento que las rodeaban. Frente a una de las mansiones, aparcado en la calle polvorienta, había un Lamborghini de color verde brillante. «En todas las familias que viven aquí hay un proxeneta», nos contó Alejandro: «Pregunta a cualquier niño de por aquí qué quiere ser de mayor y te dirá que quiere ser padrote».

Marisol Flores, directora del Centro Fray Julián Garcés, que trabaja para prevenir la trata de personas en Tlaxcala, explica que el negocio del tráfico sexual comenzó en esta zona en los años cincuenta y sesenta, a medida que el país se industrializaba y los hombres de Tlaxcala se trasladaban a ciudades de todo México para trabajar en fábricas. Allí descubrieron cómo se explotaba a las mujeres en la industria del sexo y se dieron cuenta de lo lucrativo que podía llegar a ser: «Mucho más que trabajar como jornalero o en una fábrica». Cuando la migración masiva de México a Estados Unidos creció durante los años noventa, los hombres de Tlaxcala exportaron el sistema de los 'padrotes' también al otro lado de la frontera, especialmente a Nueva York.

«Estamos hablando de generaciones de ['padrotes']», explica Yeny Charrez Carlos, una abogada de Tlaxcala que ha trabajado extensamente en estos casos y que considera que la cultura del proxenetismo está arraigada en la ciudad tanto entre hombres como mujeres, ya que algunas de ellas están involucradas en el negocio seleccionando a las chicas que se convertirán en víctimas de la trata.

Camila, una agente de policía de Tenancingo, lleva más de una década en el cuerpo y ha sido testigo de cómo los 'padrotes' se fijan en mujeres a las que saben que pueden doblegar. «Buscan un perfil concreto y son muy buenos identificando a las que tienen una autoestima muy baja o necesitan algo». Los hombres seducen a las víctimas con muestras de cariño y promesas de una vida juntos, explicó la agente. Luego, en algún momento, simulan una crisis, fingen estar enfermos o endeudados, y le dicen a la mujer que la única forma de salvarlos es ganando dinero mediante la prostitución. Una vez que ella da el paso, la chica queda atrapada. «Son auténticos profesionales», explica Camila.

Ella también cree, como Santiago, el proxeneta, que muchos están ahorrando tiempo y dinero llevándose a las mujeres directamente de sus familias y abandonando el periodo de captación.

«Las secuestran, o bien los padres de estas zonas pobres las intercambian por una botella de vino o un saco de comida», añade Camila.

Santiago nos contó que, cuando secuestran a una chica, suelen mantenerla escondida en México durante unas semanas por si se emite una alerta de persona desaparecida y

Tenancingo, una localidad de 13.000 habitantes, se encuentra en el estado de Tlaxcala, a unos 100 kilómetros al este de Ciudad de México.

Desde la pandemia, los 'padrotes' ahorran tiempo y dinero llevándose a las mujeres directamente de sus familias. Así se saltan el 'periodo de captación'.